

CÓMO DEBEMOS VIVIR LA SEMANA SANTA

PADRE FUNDADOR JOSÉ MARÍA GARCÍA LAHIGUERA

VIVIR MUY INMEDIATAMENTE LA HISTORIA DE LA PASIÓN, la historia de la última semana de vida mortal de Nuestro Señor Jesucristo. Ayuda mucho al recogimiento, al fervor, estar viviendo eso.

Vivir las escenas del Domingo de Ramos, la tremenda tragedia que se masticaba el Lunes Santo, la discusión forzosamente trágica que mantuvo el Martes Santo; la soledad, silencio de enterramiento en vida, diríamos, del Miércoles. Después toda la intensidad de escenas del Jueves, desde media tarde hasta la noche, y el Viernes hasta el final. Todo esto vivirlo de un modo, diríamos, tan realista, como podamos decir que estamos CONVIVIENDO CON EL SEÑOR los días más interesantes de su vida mortal y los misterios más grandes de la misión que le trajo a la tierra.

-De una parte, mantener el recogimiento interior.

-Segundo: ayudarnos con esta convivencia o vivencia de los misterios que se realizan siguiéndolos paso a paso.

-Tercer consejo: Que os empapéis del Santo Evangelio, siempre que os sea posible tenerlo en las manos estos días, siguiendo los pasos del Señor casi en las horas y minutos, según las páginas evangélicas, ya que es la mejor descripción de estos últimos días que nos ha podido hacer, porque su autor es el mismo Espíritu Santo.

Pero de todas formas hay que penetrar más en lo interior. Hasta ahora no he dicho más que unas formas y modos de guardar un algo que mantenga el espíritu en esta Semana Santa. Este silencio, este recogimiento, que nada los enturbie, como podría ocurrir a causa del trabajo, por esas cosas que nos ocupan más que de costumbre y que pueden llegar hasta a inquietarnos. Todo subordinado al seguir viviendo plenamente y al día y a la hora, el discurso de la Semana Santa, a través del Santo Evangelio, que se prodiga en pormenores tan grandes, que se puede decir que desciende hasta el minuto.

Pero hace falta meterse todavía más en lo interior..., más en lo interior, hijos míos.

Yo lo llamo a esto **METERSE EN EL CORAZÓN DE CRISTO**. Guardar un gran recogimiento, impresionados por la liturgia. Procurar seguir las horas paso a paso con el Evangelio en la mano. Así puedo estar sobre mí mismo, para no perder ese retiro durante toda la semana y que nada me quite calma y paz.

Pero aun esto, este seguir el Evangelio, no es la finalidad concreta última. La finalidad concreta es que me sirva de medio **EN ORDEN A VIVIR PROFUNDAMENTE EL SENTIR DE CRISTO**.

«Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu».

«Sentid en vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús».

Es cuando puedo penetrar perfectamente en esa intimidad de su Corazón e interpretar los sentimientos que se traslucen en el Evangelio, en estos días. Los sentimientos de una entrada triunfal, no olvidando que aquel día lloró sobre Jerusalén. Los sentimientos de aquellas discusiones con los fariseos, escribas... Los sentimientos de Cristo ante aquel pueblo de dura cerviz. Los sentimientos de Cristo para con sus apóstoles; las perspectivas de la futura Iglesia. Las nostalgias, los sentimientos de Getsemaní...

Y esto, hijos míos, yo os aconsejo que lo procuréis y fomentéis. Porque una cosa es que sigáis día tras día el proceso histórico y, otra, que los sentimientos de Cristo os embarguen plenamente.

Por ejemplo: que un sentimiento de Getsemaní comienza a aflorar esta noche o mañana: no forzaros en reprimirlo. Para Jesucristo no hubo más que una semana ciertamente trágica, en que vivió intensamente su Pasión. Ciertamente que la vivió siempre, en toda su vida. Pero a partir de aquel momento: *«No me volveréis a ver hasta que cantéis: Hosanna al que viene en nombre del Señor»*, fue ya algo definitivo.

Vendrán ráfagas de fulgor tremendamente trágico, como relámpagos y truenos, en los discursos finales, en que una visión magistral ya anunciaba el final. Pero, había acabado su recorrido por la Palestina, su actuación de taumaturgo; habían cesado sus palabras y obras maravillosas, que arrastraban a las gentes al desierto, olvidándose incluso de comer. Había acabado una misión, que culminaría en el Gólgota.

El Corazón de Cristo tuvo sus horas. Más próximo al fin estaba en la noche del Jueves Santo, en Getsemaní, que el Domingo de Ramos. Pero, sin embargo, aquel Corazón estaba ya viviendo las últimas horas: no habrá ya más domingos, lunes, martes... Se acabó. Se acababan las horas de convivencia, los ágapes fraternales, las comidas de intimidad... Todo, todo... El Corazón estaba apurando las últimas gotas del cáliz.

Así hemos de pasar la Semana Santa, penetrando ese Corazón. Penetrando en su dolor: al fin y al cabo, la Semana Santa es, precisamente, la conmemoración especial de la Pasión y Muerte del Señor.

Y penetrando en su amor. El corazón del hombre es un misterio de amor y de dolor, pero porque, ante todo, es un misterio de amor. Si el corazón del hombre no amara, como tal corazón no sufriría. Podría tener una enfermedad; pero ese dolor acerbo, oculto, silencioso, callado, íntimo, es porque ama. Si el corazón no ama, no es corazón humano. El de Cristo es humano, hombre verdadero, pero de hombre perfectísimo, y por ello no ha habido un corazón que haya sufrido tanto, porque no ha habido ni habrá ningún corazón que tanto haya amado.

Penetremos, pues, no solo en el misterio del dolor, sino, sobre todo, en el del amor. Vivir íntimamente los sentimientos de amor del Corazón de Cristo. Sentimientos que se repliegan o abren en abanico desde lo más alto del amor al Padre Celestial hasta lo más ínfimo del amor a la última criatura.

Entonces, quiere decir esto, que la Pasión de Cristo, misterio de dolor inexplicable si no es por el amor, tiene su anverso y su reverso. Y hay que penetrar en lo profundo de ese anverso y de ese reverso. El anverso: el Padre. El reverso: la humanidad. El anverso, esto es, el Padre a quien ama. El reverso, la humanidad por quien sufre.

Y ese amor al Padre y ese sufrimiento por la humanidad se juntan en su Corazón. En las más tremendas y dramáticas circunstancias que se pueden dar en un corazón humano.

No cabe más amor al Padre. No cabe más dolor sufrido por la humanidad. El amor está reclamando un dolor reparador. Y el dolor es tanto más intenso, cuanto lo causa el amor a un Padre ofendido. Y el saber que tiene que poner en el platillo de la balanza todo su amor y todo su dolor, para que el Padre olvide y perdone, eso es tremendamente trágico para el Corazón de Cristo.

Penetrar eso.

Hijos míos: vendrá después un agridulce íntimo en el Corazón de Cristo: la visión de la Iglesia que va a fundar, cuerpo místico suyo, prolongando hasta el fin de los tiempos a Él mismo. Cristo perpetuamente logrado en la eternidad de los predestinados: ese agridulce de la Iglesia triunfante, pero también purgante y militante; el conjunto inmenso de las almas predestinadas que tanto van a sufrir por su causa. Ese *«signo de contradicción»*, que será la Iglesia, como Él lo ha sido. Por lo tanto, siempre señal de Calvario, con sombras de cruz.

Es el agridulce del plan del Señor sobre la Iglesia y esas almas, entre las cuales y el Padre celestial, se encuentra Él.

Es el agridulce de saber que todo va a ser, en la aplicación de los frutos de su redención, mediante unos *«escogidos»*, *«dispensadores de los misterios de Dios»*, que estarán siempre haciéndole presente en la Iglesia, a través de los sacramentos.

El agridulce por el goce de prodigar su amor en todas estas cosas, a través de una Iglesia y de un sacerdocio que, aunque mal entendidos por el mundo, son, sin embargo, llamados a ser salvación perenne, garantía de eternidad de vida; llamados a ser instrumentos del cielo ante las gentes, pero que esas mismas gentes tratarán con desprecio: serán el desprecio de las gentes - *«peripsema»*- en frase de San Pablo.

Sentir con Jesucristo los sentimientos que Él experimentó en un tiempo limitado de su vida mortal, siete días justos, pero con la inmensa extensión de la vida de la humanidad en la tierra, durante millones de años, y una eternidad, ya sin tiempo.

Penetrar profundamente los sentimientos de Jesucristo ante todos aquellos personajes que intervinieron en su Pasión, como representantes cada uno, como prototipos de la humanidad. Allá está un traidor, Judas; un cobarde, Pilato; un «pobre hombre», Pedro, que niega; un grosero, Herodes. Allá están Anás y Caifás. Allá el triunfo de la injusticia, Barrabás. Allá está todo eso... prototipo de toda la humanidad, que va pasando ante el Corazón de Cristo. Sentimientos profundos.

Allá están los discípulos que huyen; su Madre, valiente; la perspectiva de los mártires, de las vírgenes a Él consagradas; de los confesores esforzados, de los apóstoles, misioneros, sacerdotes, intrépidos hasta el fin; la inocencia conservada, la penitencia arrepentida, la juventud entregada, la madurez sazónada, la vejez consumada... ¡Qué sentimientos tan densos, profundos y hondos... tan variados!

Esto es la Semana Santa. Nuestro pobre corazón, hijos míos, no puede con todo en pocos minutos. Querer meter todos los sentimientos del Corazón de Cristo en las horas que vivió, intensas, de Pasión, querer meterlo todo nosotros en escasas veinte horas, no es posible. Se va a leer el Evangelio y no da tiempo. Quiere uno meditar y no se puede. Hay que tomarlo con tiempo. Como Cristo lo tomó: lo vivió en pocas horas... pero lo tomó con la anticipación de sus 33 años de vida.

Y aún sigue. Porque lo sigue viviendo en la Iglesia, su esposa, que es Él mismo, todos los años, en el transcurso del año litúrgico, en la conmemoración de la Pasión y Muerte.

Y un aspecto, además, muy particular para nosotros. Y es que estamos en NUESTROS DÍAS... en nuestros días. En nosotros, como sabéis, por vocación hay dos palabras interesantes, como palabras sustanciales: la palabra SACERDOTE y la palabra VÍCTIMA. La palabra SACERDOTE tiene su día: JUEVES SANTO. La palabra VÍCTIMA tiene su día: VIERNES SANTO. Son, pues, «nuestros» días. Bien requieren una preparación de cuatro, para después, en la soledad sepulcral de un sábado, preparar a su vez el triunfo de una resurrección que nos anticipará gozosamente la gloria inmensa que nos espera.

Jueves santo, donde aparece Cristo más sacerdote que nunca -si se puede hablar así-, en sacrificio real, pero místico, anticipado, anticipando su Pasión del Viernes en la institución de la Eucaristía y perpetuándolo en virtud de la acción sacerdotal, pontifical, en el sacerdocio, con la consagración de los sacerdotes primeros, institución del orden sacerdotal.

Cristo es siempre Sacerdote, desde la encarnación, ya que, según la doctrina común de la Iglesia, es en esa unión de las dos naturalezas, divina y humana, donde se verificó la unción, la consagración de la humana al quedar unida a la divina.

El ejercicio del sacerdocio se realiza cuando se consuma el sacrificio. Esto, en Cristo propiamente se dio el Viernes Santo. Pero lo bonito es que lo anticipó el Jueves Santo, cuando hizo el sacrificio real, pero místico, incruento, anticipado, pero el mismo que haría al día siguiente en el Calvario. Y el mismo que ahora lo hacen todos los sacerdotes, como yo esta mañana y mañana Dios mediante. El mismo.

A partir del Calvario, todas las misas serán repetición, mejor dicho, actualización, como en el Cenáculo fue anticipación. Allí está Cristo Sacerdote anticipando el sacrificio del Calvario, resplandeciendo más el sacerdote sacrificando que la víctima sacrificada; aunque Él será todo: sacrificio, sacerdote y víctima. Pero en el Jueves, aparece, como digo, sobre todo Sacerdote, anticipando el sacrificio incruentamente, en la consagración eucarística y en la institución del sacerdocio, en lo que nosotros llamamos el «pro eis».

¡Ahí está el día del sacerdote! El sacerdote tiene su «día» el Jueves Santo. Y, por tanto, el alma oblata «pro eis» tiene también su «día» en el Jueves Santo. Porque el «pro eis» se pronuncia por primera vez, como rúbrica, en aquel Jueves Santo primero.

La palabra víctima queda más bien reservada al Viernes Santo. En el Calvario hubo auténtico sufrimiento físico, hondo dolor moral, profundo dolor del corazón; sangre derramada hasta la última gota. Allí, las llagas destrozaron el cuerpo, la asfixia de la agonía hacía que el pecho no pudiera más... Allí estaba el «esqueleto», casi, de un cuerpo trillado por los azotes. Allí, el alma se separa del cuerpo, en estertor de agonía dolorosa. Y el corazón, agotándose de dolor... y amor... ¡no puede más! ¡No puede más...!

La escena es horripilante: está dando su vida y se le están burlando, le injurian, le blasfeman... ¡No puede más de dolor ... y de amor! Pero precisamente del paroxismo del amor y del dolor brotan los frutos de ese mismo dolor y de ese mismo amor. Ese es el sacrificio del Viernes Santo: sacrificio real, cruento. Ahí está el destrozo de un cuerpo, ofrecido en el altar de la cruz.

Sacerdocio... Eucaristía... Inmolación... Víctima... Sacrificio... son palabras muy nuestras. Son «nuestros» días: los días del sacerdote y del alma oblata. No podemos pues, hijos míos, perder esta ocasión de avivar en nosotros el espíritu de oración y oración.

Vamos a vivir con Cristo, a sufrir con Cristo y a morir con Cristo, para reinar con Cristo. Sin perder nunca de vista a la que siempre se ocultaba a la mirada de todos, menos en el Calvario: la Virgen, que en este caso es llamada «la Virgen de los Dolores». La Virgen de los Dolores al pie de la cruz, para después convertirse en la Virgen de la Soledad, en el Sábado Santo, y en la Reina de los Cielos - «alégrate, aleluya»-, porque en la resurrección fue la agraciada con la primera aparición de Cristo resucitado.

De una plática del Padre Fundador - 1964